

LA VENGANZA EN LA LOCURA.

Drama en tres actos, arreglado del francés por D. R. V., *para representarse en Madrid, el año de* 1859.

PERSONAS.

Mr. Lebrun, *dueño de una ferrería.*
Jenny, *su muger.*
Gadichet, *aprendiz.*
Mauricio, (Eduardo.)
El Doctor Muray.
Peterson, *magistrado.*
Budán, *obrero.*
Sofia, *hija de Lebrun.*
Criado primero.
Criado segundo.
Una Criada.
Obreros, sus mugeres, loqueros y guardias que no hablan.

La escena es en París primero y segundo acto. El tercero en Lóndres.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala amueblada con decencia, pero sin elegancia: en el fondo los talleres de Mr. Lebrun.

ESCENA PRIMERA.

Jenny *y* Mauricio; *este tiene el sombrero en la mano; está como consternado y el semblante pálido.*

Jen. Salid, Mauricio, salid; yo os lo mando.

Mau. En nombre del cielo, Jenny, dignaos oirme. No quisiera partir, llevando conmigo el recuerdo de vuestra cólera.

Jén. Qué me podreis decir! Lo respeto, pero vuestra presencia es un suplicio para mi; salid, ó llamo y haré que os echen.

Mau. Oh! esa es demasiada crueldad, Jenny. Mas bien que desden, cólera ó aborrecimiento... es desprecio lo que os inspiro!..

Jen. Si señor, ya os lo he dicho; es desprecio, y os lo repito, salid inmediatamente; y si es que aun conservais en el fondo de vuestra alma algun sentimiento de honor, no volvais á presentaros jamás delante de una mujer á quien tan vilmente ultrajasteis; pensad que habeis atraido sobre su cabeza las mayores desgracias... marchaos.

Mau. Mr. Lebrun me ha recibido en su taller como primer obrero, y no puedo, hasta que vuelva, abandonar la responsabilidad que pesa sobre mi.

Jen. Aguardais á mi marido? Pues bien; sabed que ya está de vuelta.

Mau. Que está de vuelta! Pero su ausencia no debia prolongarse todavia...

Jen. Cualquiera que sea la causa de su llegada; no quiero soportar por mas tiempo vuestra presencia; ella seria un ultraje para él... Sola yo, tal vez tendria el suficiente valor para disimular mi verguenza, y contener mis lágrimas... pero delante de vos, me perderia, y mi turbacion y mi palidez no se ocultarian á sus miradas. Escuchad, Mauricio; no olvideis que teneis un crímen que espiar; ved que me habeis hecho olvidar los mas sagrados deberes de madre y esposa... por piedad, no acabeis con vuestra víctima, atrayendo sobre ella el aborrecimiento y el desprecio del hombre solo á quien amó!..

Mau. Ya lo sé, Jenny; grande fué mi crímen, pero no habrá piedad para quien ha combatido tanto y tan en vano con su fatal pasion?

Jen. Piedad para una pasion que se sació cobardemente en medio de una noche de horror, á pesar de las lágrimas, de los ruegos y de la desesperacion de una víctima abandonada, sin defensa!.. No, no; me es imposible. Ya os lo he dicho; os aborrezco y os desprecio.

Mau. Os equivocais sobre la causa de mi crímen; hacia mucho tiempo que os amaba.

Jen. Vos me amabais!..

Mau. Si, Jenny, hacia mucho tiempo... Pobre, huérfano y sin fortuna, no me era dado presentarme á vuestros padres y pediros por esposa; me fue forzoso encerrar mi amor en el fondo de mi alma, pero bien pronto esta pasion se aumentó con toda aquella fuerza que dan los celos y la desgracia; entonces otro se presentó y obtuvo vuestra mano... Ah! Jenny, él era rico!

Jen. Decid que yo le amaba.

Mau. Mauricio no tenia en el mundo mas que un solo amigo, un protector; el doctor Muray.

Jen. El doctor Muray?

Mau. Es el único que se ha interesado por mi. Solo él ha cuidado de mi educacion; no ha omitido medio para mis adelantos, y para hacer mi felicidad, pero mi fa-

tal pasion me ha hecho rehusarlo todo, y he despreciado la fortuna que dá el comercio, las gloriosas auréolas del campo de batalla y los triunfos del foro... Quiero ser herrero, le dije... Al principio negóse á ello, pero á fuerza de mis reiteradas instancias, consintió. Luego que me encontré bastante instruido en este oficio, abandoné la casa donde me habia colocado, y aprovechándome de una ocasion en que estaba ausente, me presenté aqui.

Jen. Oh! ese fue un plan diestramente concebido!

Mau. Os juro que entonces no queria otra cosa que veros, y respirar el aire mismo que vos; pero despues...

Jen. Despues, Mauricio, sabeis lo que habeis hecho? Me parece que llevo en la frente un signo vergonzoso, que atrae sobre mi las miradas del desprecio!.. El nombre de mi esposo pronunciado en mi presencia, me atormenta... Tal vez su vista me matará... y mi hija!.. tiemblo cuando me llama su madre; cada una de sus caricias es un torcedor para mi; sus besos me hielan de espanto, y ni aun me atrevo á estrecharla contra mi corazon!.. Ay! Me habeis hecho muy desgraciada!

Mau. Jenny, estoy arrepentido; creed en mis remordimientos; ojalá pudiera obtener mi perdon aunque fuese á costa de mi vida! (*suena una campanilla.*)

Jen. Alguien llega, Mauricio; yo me retiro. Pensad en marcharos hoy, hoy mismo. (*se vá.*)

ESCENA II.

MAURICIO, GADICHET, BUDAN; *y muchos obreros.*

Bud. Muchachos, que son las doce.

Gad. Las doce, la hora del potaje; la mas hermosa del dia.

Bud. Ya es tiempo de descansar un poco; estoy estropeado; maldita herreria!

Gad. Bueno; mira como hablas de tu arte, y tu!..

Bud. Si, herrero. Se puede llamar á esto un arte, Mauricio?

Mau. Dejadme.

Gad. Ciertamente. Un arte inventado por el grande san Eloy.

Bud. Pues tú no estás bien pagado para defender este que llamas arte; tú, que el año pasado llevaste un fuerte martillazo en la cabeza.

Gad. Es verdad que esto me entivió un poco; hubiera entonces renunciado á él, pero dije para mi; en todos los oficios hay peligros; he tenido la cabeza rota por aprender á ser herrero, y daria por muy bien empleado que me la rompiesen de nuevo, por aprender á ser general.

Bud. Poca ciencia se necesita en estos tiempos para ello; pero, señores, vamos, que el tiempo pasa.

Todos. Si, si; á comer!

Gad. Esperaos, que voy á proponeros una cosa.

Mau. Cuál es?

Gad. Contigo no va esto; bien puedes marcharte.

Mau. Sin duda se trata de una partida de taberna, desearé que os divertais. (*vase.*)

ESCENA III.

Los mismos, menos MAURICIO.

Gad. Bueno; me alegro de que se halla ido; no le puedo dijerir.

Bud. Por qué?

Gad. Por qué?.. porque es un pobre diablo.

Bud. Bah! tus cosas.

Gad. En primer lugar, él ni bebe ni fuma; se afeita todos los dias, lleva cuellos postizos y muda de camisa dos veces á la semana; ya ves; hombre que hace todo esto, no puede menos de ser un pobre diablo.

Bud. Bien, pero dinos lo que querias proponernos.

Gad. Oidlo; en lugar de irnos á comer al figon de nuestro vecino, os ofrezco una delicada comida, que está preparada para hoy en cierta parte. Qué os parece?

Bud. Por mi parte, me parece que no te entiendo si no te esplicas.

Gad. Digo que ofrezco á ustedes la comida de nuestro amo, que vuelve hoy de su viage, donde reemplazaremos lindamente el mezquino potaje con el esquisito conejo.

Bud. Pero qué hemos de hacer para que nos convide?

Gad. Muy facilmente. Desde el veinte y cinco de enero de mil ochocientos treinta y ocho al veinte y cinco de enero de mil ochocientos treinta y nueve cuánto tiempo vá?

Bud. Un año.

Gad. Bien, Budan, bien!.. tu conoces perfectamente las matemáticas. Hoy justamente hace un año que celebramos por la octava vez el anniversario de su boda.

Bud. Cierto! nueve años hace que se casó.

Gad. Pues bueno; le presentamos los ramilletes, y con este pequeño recuerdo no podrá escusarse de convidarnos.

Todos. Bravo! bravo!

Gad. Esta será una buena idea para el pobre Mr. Lebrun, que despues de haber sido tan alegre y jocoso, ha venido á ser triste y cabiloso como un pájaro nocturno.

Bud. No importa; nosotros le alegraremos.

Gad. Y entonces, boda interminable! Salchichon de Lyon, vino de las cuatro partes del mundo, sin escluir el rico de Burdeos.

Todos. Aprobado! aprobado!

Gad. A ello, antes que nos la peguen; yo os daré el ejemplo.

Bud. Pero no olvides que el médico te ha prohibido beber, porque te perjudicaria mucho; ya sabes que ha dicho que con el martillazo que llevaste en la cabeza, no seria dificil que te volvieses loco.

Gad. Déjale; sé demasiado bien lo que son los médicos.

Bud. Ah! él lo decia con formalidad... Pero no oyes? Una silla de posta! (*suena el ruido de un coche.*)

Gad. El amo es, el amo que llega. Decision y entusiasmo!

ESCENA IV.

Los mismos, LEBRUN; *entra por la derecha;* JENNY *por la izquierda, trayendo á su hija de la mano.*

Todos. Viva nuestro amo.

Leb. Buenos dias, amigos mios!..

Gad. Muy buenos, señor Lebrun; ha sido feliz el viage?

Leb. Si... si... lo agradezco... ah! mi hija! mi Sofia! (*la toma en sus brazos y la besa.*)

Sof. Cuanto sentia no verte, papá!

Leb. Hija mia!

Sof. Pero ya no te volverás á ir?..

Leb. No; asi lo espero.

Bud. (Calla! no abraza á su muger!) (*á Gadichet.*)

Gad. (No querrá hacerlo delante de nosotros.)

Leb. Creo, Jenny, que no os habrá sucedido nada desagradable durante mi ausencia?

Jen. Nada... (Esa frialdad, sus miradas, sus palabras... que debo pensar... Dios mio!)

Leb. Señores, despues de un viage tan largo, necesito descansar; mas tarde volveré para revisar vuestros trabajos.

Gad. Y quedareis contento; solamente no tendreis que examinar el mio, pues no he hecho otra cosa que tirar del fuelle.

Leb. Bien; mas creo que es hora de comer.

Gad. Si señor, en eso estábamos pensando. (*ap. á Budan.*) Es necesario que hablemos con el ama para el anniversario en cuestion. (*vansé todos.*)

Leb. Marchad, amigos, marchad... Jenny, retiraos con vuestra hija; necesito quedarme solo.

ESCENA V.

Lebrun, *solo.*

Si, si... la presencia de los demas hombres me es insoportable; parece que cuantos me rodean, leen en mis ojos mi deshonor y mi tormento... Mi hija, mi Sofia... es preciso todo el amor de padre para callar... Y mi muger, cuan vilmente me ha engañado!.. Insensato de mi, que el dia de nuestra boda tomé por amor la alegria y el orgullo que la diera la fortuna á que yo la elevaba! Sin embargo, hace un mes que aun era dichoso... No sabia... y esta carta fatal ha venido á robarme toda mi dicha, revelándome mi vergonzosa deshonra!.. Desde que la he descubierto, la llevo sobre mi corazon, porque siento que asi se desgarra mas y mas. (*saca una carta.*) Solamente dos iniciales! Una E y una D... no sé á que nombre aplicar estas fatales letras... Por una simple suposicion he tomado la posta, he corrido mas de cien leguas, he llegado como un furioso en casa de uno de mis amigos; no he podido encontrarle, porque hacia ocho dias que estaba de vuelta en Francia... Esta muger... he tenido momentos en que he intentado acusarla, forzarla á hablar, y arrancarla el nombre de su cómplice; pero soy padre... seria un escándalo, y el oprobio recaeria sobre mi... Ah! este nombre, este nombre... daria la mitad de mi existencia por conocerle, y mi venganza, aunque callada, no seria menos terrible; podria vengar mi honor sin dejar en dote á mi hija la verguenza de su madre; pero sufrir en silencio los horribles tormentos del deshonor y de los celos, verme condenado á encerrar en mi corazon un secreto que le despedaza y le devora... qué suplicio!.. Dios mio! qué suplicio!..

ESCENA VI.

Lebrun, Muray.

Mur. Buenos dias, amigo Lebrun!

Leb. Ah! sois vos, doctor?..

Mur. Hemos llegado de nuestro viage al mismo tiempo; nuestros coches parece que se seguian... pero habeis estado malo?.. Despues de tres meses que hace que no os veo, me parece que estais muy desmejorado.

Leb. No... esto no es nada; las noches que he pasado dentro del carruage... pero esto es fatiga que cesará con un poco de descanso... Y decidme, habeis quedado satisfecho de vuestro viage?

Mur. No; cuando volvia de los baños, quise visitar á un jóven confiado á mi tutela, á quien habia colocado en un pueblo inmediato, y he sido desagrablemente sorprendido, al saber que habia abandonado aquella casa, sin que hasta ahora haya podido adquirir noticia de su nueva residencia.

Leb. A propósito!... Despues de vuestra marcha he recibido en mi casa á un jóven obrero, á quien habeis asistido en una larga enfermedad.

Mur. Un obrero!.. Y su nombre?

Leb. Mauricio.

Mur. Mauricio!.. no me acuerdo.

Leb. En el taller le encontrareis.

Mur. Me alegraria verle; si os parece comeremos juntos.

Leb. Con mucho gusto, doctor.

Mur. (*yéndose.*) Mauricio!.. Es singular!.. (*se va por la derecha; Jenny entra por la izquierda.*)

ESCENA VII.

Lebrun, Jenny.

Leb. Ella es! Qué me querrà?

Jen. Lebrun... os andaba buscando...

Leb. Qué teneis que decirme?

Jen. (Dios mio! Como tiemblo!)

Leb. Conque... Jenny...

Jen. Venia á deciros que hoy...

Leb. Hoy?..

Jen. Es el anniversario de nuestro matrimonio.

Leb. Sois vos quien se ha acordado?

Jen. Vuestros obreros han venido á buscarme, para hacerme presente que en este dia.,.

Leb. Ah!.. si... una comida... una fiesta...

Jen. Quisiera saber si deseais que se celebre?

Leb. Qué si lo deseo! Señora, qué si lo deseo!... No es esto muy natural?.. No ha sido este el dia mas feliz de mi vida? Bien manifesté entonces mi alegria y mi satisfaccion en cada una de mis palabras y de mis miradas. Vos misma me deciais, que no seriais dichosa con esta union, sino fuera por el placer que ella me causaba... No os acordais, Jenny?

Jen. Si, si, me acuerdo.

Leb. (*con refinada ironia.*) Y despues... no he sido siempre feliz? No he encontrado en vos una esposa tierna y sumisa, que jamás ha quebrantado sus juramentos de amor y fidelidad? Una esposa amable, que estudiaba todos mis deseos, como yo los suyos, y cuya ternura la dedicaba solo á mi? Una muger, en fin, que tenia en sagrado depósito el honor de su marido, quien únicamente ambicionaba hacerla dichosa!.. Y me preguntais si deseo que se celebre el anniversario de nuestro matrimonio! Oh! seria una injuria el dudarlo... Si yo no quisiera, seria un insensato; es verdad, señora?...

Jen. Encuentro en vuestras palabras y en vuestra voz, un tono cruel é irónico que me horroriza... y aun ignoro si os he comprendido... si en efecto deseais que se celebre el anniversario...

Leb. (*con violencia.*) Si, lo deseo, por mi honor, por el de mi hija! (*vase.*)

ESCENA VIII.

Jenny, *despues* **Mauricio.**

Jen. (*sola.*) Por su honor!... Por el de su hija!.. Si, solamente por su honor afecta conmigo este aire de respeto á los ojos del mundo... Dios mio! ha leido en mi rostro mi verguenza!.. El fuego sombrio de sus miradas, el sonido de su voz, todo, todo me espanta y me estremece. Hay momentos en que quisiera arrojarme á su pies, confesárselo todo y pedirle perdon.

Mau. Ah! Jenny! Señora!.. es preciso que os hable.

Jen. Dejadme, Mauricio, dejadme!..

Mau. Ved que nos amenaza una horrible desgracia.

Jen. Una desgracia, decis! Y cuál puede haber mayor para mi, que el ser indigna de llevar el nombre de esposa y de madre? Despues de esto, qué puede temer una muger! (*se vá.*)

ESCENA IX.

Mauricio, *despues* Muray *y* Gadichet.

Mau. No me ha querido oir!.. Y el doctor que acaba de llegar, puede perdernos!... Mas no lo hará, no lo creo. Ignoro qué le mueve á interesarse tanto por mi suerte; pero es lo cierto que tiene sobre mi un ascendiente tal, que no puedo comprender... Aqui viene con otro... tratemos de evitar la sorpresa que le causaria mi vista. (*Gadichet y Muray por la izquierda.*)

Gad. Si, doctor Muray, esta mañana hablábamos de vos en nuestro taller, y vuestros elogios salian de mi boca tales como los sentia el corazon.

Mur. Y vuestra cabeza? Estais mejor del martillazo?

Gad. Si señor, del todo; solo me duele algunas veces; particularmente los dias de fiesta.

Mur. Ya; porque entonces olvidais mi recomendacion; bebeis... y os lo repito, esto os perjudica mucho.

Gad. Pues bien, señor doctor, á fé mia que no lo volveré á hacer, esceptuando hoy.

Mur. Hoy! Por qué?

Gad. Porque celebramos el anniversario de la boda del amo, y como él fue quien me hirió, si nota que no bebo, le causará pena.

Mur. Y es por eso solamente por lo que quereis beber?

Gad. Unicamente por eso.

Mur. Decidme, cuál de vuestros camaradas se llama Mauricio?

Gad. (Calla! conoce al hipócrita!) (*alto.*) Vedle cuan pensativo está en aquel rincon.

Mur. Ah! tengo que hablarle.

Gad. No quiero incomodaros! Estoy encargado de poner la mesa, y justamente vienen ya á ayudarme.

Mur. (*acercándose á Mauricio.*) Sois vos!.. No me cabe duda.

Mau. Silencio, doctor!

Mur. Como os encontrais en esta casa, y en este traje?

Mau. Os lo diré todo; pero, señor, en nombre del cielo, callad! os lo suplico... no me perdais! (*se retiran al fondo y hablan bajo: durante este tiempo Gadichet ayudado de una criada y dos obreros, ponen la mesa á la izquierda del actor.*)

Gad. Ah! se conocen!... Tan pícaro es el uno como el otro; son los dos hombres á quienes mas aborrezco en el mundo... Y el amo rehusa escucharme cuando le digo que tiene las manos blancas; que se las lava continuamente; cuando le digo, que recibe cartas en papel azul, amarillo, encarnado... Ya, ya! Bien lo he conocido yo... Eh! como se entiende... no quiero verlos, me voy á mis ocupaciones.

ESCENA X.

Mauricio *y* Muray; *se acercan á la escena.*

Mur. Os lo repito; es preciso que hoy mismo salgais de esta casa.

Mau. Hoy?

Mur. Si bien he conocido el motivo que os ha hecho conducir asi, y mudaros de nombre; debo oponerme á vuestros designios.

Mau. Pero, señor, á vos qué os importa?

Mur. Es que me importa tambien la vida y el reposo de un hombre; el honor ó el oprobio de su casa, no es esto? Este hombre es mi amigo; asi pues, no titubearé entre él y vuestra pasion; hoy mismo partireis.

Mau. Y cuál es vuestro derecho para disponer de mi de esa suerte?

Mur. Mi derecho?.. Mi derecho es un secreto para vos, que yo solamente poseo; que está en los beneficios que habeis recibido de mi, y que jamás podreis desmentir.

Mau. Pero esta muger es mi vida; su vista es mi sola dicha.

Mur. Hasta que veais otra y os la haga olvidar... Vos dejareis este estado, yo lo quiero; volvereis al mundo, y en él encontrareis otras muchas mugeres que acojerán vuestros homenajes, sin romper los vínculos de una familia, y sin faltar á el nombre de amigo.

Mau. No importa! No partiré!

Mur. Partireis esta misma noche!

ESCENA XI.

Los mismos, Lebrun, Jenny, *su hija,* Gadichet, Budan *los demas obreros y muchos convidados.*

Leb. Agradezco, amigos mios, el interés que os tomais por mi; esta es una prueba de estimacion que me es muy apreciable, porque me manifiesta que sois buena jente. Vamos, amigos, á comer.

Todos. A comer! A comer!

Gad. (Eh! y se sienta el hipócrita en la mesa... Yo sabré hacérsela dejar.)

Mur. Comamos alegremente! Este es un bellísimo dia. Vamos, amigo mio, (*á Lebrun.*) no esteis triste de esa suerte... á vuestra salud!

Todos. A la salud del amo!

Mur. Os doy permiso, Gadichet, para que bebais hoy.

Gad. Justamente por eso no quiero probar el vino. (Me llevo mi idea.)

Mur. Por qué?

Mau. La prohibicion me escitaba antes; pero ahora que estoy autorizado, ni le miro.

Mur. (*á Lebrun.*) Vamos, amigo mio, no os abandoneis de ese modo!

Leb. Ah! no, no! os engañais, doctor... echadme de beber.

Mur. Vaya; un brindis por vuestra bella Sofia!

Todos. Si, si, á su salud!

Leb. Por mi hija!.. Gracias, gracias, amigos. (*bebe.*)

Gad. (Caramba! El amo bebe mas de lo que acostumbra; me vá dando cuidado.) (*durante esta escena Lebrun parece absorvido en sus reflexiones, y algunas veces habla consigo mismo.*)

Mur. Señores, una cancion para alegrar la fiesta.

Gad. Si, si, Mauricio cantará un romance...

Mau. Yo?

Gad. Cuando se llevan guantes y se reciben cartas perfumadas...

Mau. Cartas perfumadas?...

Gad. Perfumadas; nosotros las hemos olido; es verdad, Budan?

Bud. Si, es cierto.

Mur. Bueno!

Leb. Basta, Gadichet!

Gad. Perdonad señor; no me puedo contener; ya esto me sofoca demasiado! Preciso es que os la haga ver; tú, Mauricio, no eres obrero, no es á un obrero á quien han escrito: «tengo el honor, soy respetuosamente etc.»

Mau. Desgraciado! Has osado sustraerme mis cartas!

Gad. Sustraerte!.. A qué llamas tú sustraer? Las he tomado casualmente.

Mau. De cualquier modo que ello sea, me darás una satisfaccion!

Gad. Satisfaccion! Y exijes una satisfaccion, tú, que eres un obrero! Nosotros no pedimos jamás satisfacciones.

Leb. Basta, Gadichet! Cuando cesarán tus suposiciones?

Gad. Suposiciones!.. Es algo mas... Si es un obrero, por qué ha cambiado de nombre?

Leb. Cambiar de nombre!
Mau. Silencio!
Gad. Si, en vano me echas esas miradas. Has mudado de nombre, porque el sobre de tus cartas dice... «A... á... Eduardo... de Harcourt.»
Leb. (*volviendo de su distraccion y levantándose.*) (Eduardo de Harcourt!.. Las dos iniciales!) Qué nombre es el que has pronunciado?
Gad. Qué nombre? El suyo.
Leb. El suyo!.. Es verdad? Habla, habla!
Gad. A fé mia que si! Sino, preguntádselo al hipócrita.
Leb. (*aproximándose á el y mirándole cara á cara.*) Tú eres en efecto; tu lenguage, tus maneras no son iguales á las de los demas obreros... Tú has venido á mi casa, á vivir bajo mi mismo techo, á comer en mi mesa, y todo con un nombre supuesto; y te llamas Eduardo de Harcourt... Oh! la carta!... la carta!
Jen. Pero, señor...
Leb. Tratais de defenderle?
Mur. Vuestra razon se estravia!
Jen. (Todo lo sabe, soy perdida!)
Leb. (Ah! no era esto bastante para mi deshonor?.. Era preciso para completar mi desdicha, que se ejecutase en mi misma casa!)
Mau. Yo no sé, señor...
Leb. Infame!.. Necesito lavar mi honor con tu sangre! (*saca un puñal y se arroja sobre él.*)
Mur. Detenedle!.. Es un delirio... Está loco!
Leb. (*á los que le detienen.*) Dejadme, dejadme! Dejadme! Hasta hoy he podido devorar en secreto mi verguenza para salvar el honor de mi hija... pero ahora es preciso que se divulgue y necesito venganza!
Mur. Por favor no le dejeis!
Leb. Ah! Dejadme! Dejadme! Vosotros no teneis muger ni hija; vosotros que quereis que yo viva cubierto de oprobio y de ignominia: vosotros que permitis que este miserable ose insultarme cara á cara, sin que yo le mate... Ah! infame!... infame! (*cae desmayado en una silla.*)
Mur. Que todo el mundo se aleje; yo lo mando como médico. Una fatal enfermedad se ha apoderado de él hace un mes, y está loco!
Todos. Ah!
Mur. Salid! En un instante podriais convenceros de esta fatal verdad.
Jen. Y qué, doctor, yo le he dejar en un momento como este?... No, no, es imposible!
Mur. No hay remedio, señora, es necesario... Llevaos á vuestra hija. (*vanse todos.*)

ESCENA XII.

Muray, Lebrun.

Mur. (Es preciso que salve á los dos.) (*alto.*) Vamos, valor!
Leb. (*volviendo en sí.*) Muray !.. Vos, aqui solo, conmigo?
Mur. He mandado que nos dejen solos, para buscar el medio de enmendar lo que habeis dicho.
Leb. Pues qué he dicho?
Mur. Habeis acusado públicamente á vuestra muger de adulterio.
Leb. Oh! si, si, ya me acuerdo; y él, él estaba presente, y ellos me han detenido; pero os lo juro por mi honor ultrajado, ese hombre morirá á mis manos!
Mur. Pensad, señor, que acabais de cubrir de ignominia á vuestra familia; reflexionad que para siempre habeis echado una mancha de oprobio sobre el nombre de vuestra hija.
Leb. Mi hija! Mi hija! Infeliz! La habia olvidado!..
Mur. Valor! No lloreis inútilmente, y tratemos de reparar el mal que habeis hecho... Revelasteis un terrible secreto á la faz del mundo; esta revelacion rompe para en adelante todos los lazos que os unen á vuestra familia, y atrae la infamia sobre ella...
Leb. Es verdad, he perdido mi honor, y solo me queda la venganza!
Mur. Y esta venganza, borra la verguenza de vuestra hija?
Leb. Pero qué hacer, doctor, qué hacer para salvarla?
Mur. En mi aturdimiento, en mi sorpresa, he dicho que estabais loco.
Leb. Loco!.. Si, lo estoy en efecto, cuando despues de un mes de tormento, no he sabido callar una hora mas, para salvar mi honor... Pero doctor, no hay medio?
Mur. Uno solo.
Leb. Decidlo! Decidlo!
Mur. Es preciso que vuestras palabras y acciones no desmientan lo que yo dige.
Leb. Cómo?
Mur. Yendo por algun tiempo á la casa de locos.
Leb. Encerrarme!.. Renunciar á mi libertad! Pasar por loco!.. Oh!.. jamás! jamás!
Mur. Pues bien, vivid con una esposa deshonrada por vos, y recibid las caricias de una inocente niña, cuyo porvenir habeis empañado.
Leb. Muray, Muray, piedad!
Mur. Despues os echareis en cara vuestra desgracia! Y quién quereis que una su nombre puro y sin tacha, al de una familia deshonrada?.. Qué hombre querrá confiar su honor á la hija del adulterio?..
Leb. Por piedad, amigo, por favor!..
Mur. Pensad que dentro de breves dias os anunciaré vuestro restablecimiento, y volvereis á gozar de las tiernas caricias de vuestra hija, á quien por este medio habreis salvado.
Leb. Bien; si, lo haré por ella! Por ella! Pero será necesario que nos separemos?
Mau. Es forzoso que delante de las gentes no la reconozcais, para que crean vuestra locura.
Leb. Qué exigis de mi?
Mur. Que os finjais loco hasta el momento en que os devuelva vuest a libertad y vuestro honor.
Leb. Obedeceré.
Mur. Vedlos, ya se acercan; pensad en el porvenir de vuestra hija.

ESCENA XIII.

Todos vuelven, escepto **Mauricio**; **Lebrun** *está sentado.*

Mur. Lo que os dige es la verdad; (*á media voz.*) su razon se ha estraviado.
Gad. Loco mi pobre amo! Si hubiese sido yo, que llevé un martillazo en la cabeza, ya lo comprenderia; pero mi pobre amo!..
Mur. Que traigan un coche... (*á Jenny.*) Señora, presentadle vuestra hija.
Jen. Doctor...
Mur. (*bajo.*) Haced lo que os digo. (*Jenny se acerca á Lebrun y le presenta su hija. Muray se llega tambien á el y le dá la mano.*) Pensad en su porvenir.
Léb. (*fingiendo locura.*) Qué me quereis? Dejadme! Dejadme! Llevaos á esa niña! (*llora.*)
Gad. Qué dice?
Sof. Qué, papá, ya no me quieres abrazar?
Leb. (*bajo.*) Marchemos, Muray, marchemos.
Jen. Pero, Lebrun, vuestra hija...

Leb. Mi hija! Dejadme... os digo... yo no la conozco!

Todos. Qué desgracia!

Sof. No me conoces? No soy tu hija, tu Sofia? Abrázame.

Leb. (*bajo.*) Mi corazon se despedaza... (*alto.*) Alejadla de aqui, llevárosla.

Sof. No, no, es imposible! Respóndeme, papá... Dios mio! Qué te he hecho! (*cae de rodillas, Lebrun va á abrazarla, y Muray le detiene.*)

Un criado. El coche.

Mur. Vamos, amigo mio!

Leb. (*bajo á Jenny.*) Jenny, os dejo á mi hija!.. Dios os vé y os juzga.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

En la casa de locos del doctor Muray; un jardin rodeado de murallas: una campana pendiente de un pilar ó columna.

ESCENA PRIMERA.

Algunos Criados *están ocupados en arreglar los bancos y limpiar el jardin.*

Cria. 1.° Muy poco me gusta el que nos estemos cansando en arreglar y limpiar el jardin, para que luego vengan esos locos de los diablos y lo echen todo á perder.

Cria. 2.° Sabes que hay algunos que tienen una locura tan singular, que hacen reir? Has visto el que viene todos los dias á arreglar su reló por el sol, y el otro que escucha lo que dicen las flores, y habla con ellas?..

Cria. 1.° El mas malo es el herrerillo, aquel que tuvo la cabeza rota de un martillazo... Gadichet...

Cria. 2.° Sí, que siempre anda intentando el medio de escaparse, y busca su camino hasta en sus bolsillos.

ESCENA II.

Los mismos, Muray.

Mur. Está todo en órden?

Cria. 2.° Sí, señor.

Mur. No se permitirá salir hoy por la mañana, á nadie mas que á Mr. Lebrun, y á Gadichet... esto es, si sus accesos no son muy fuertes.

Cria. 1.° Le administraremos hoy los baños?

Mur. Es preciso que le vea luego; llevádmele á mi gabinete. Es una demencia singular la suya, y necesita particulares cuidados... Dime, estuviste en casa de Mr. Eduardo de Harcourt?

Cria. 2.° Si, señor.

Mur. Qué noticias traes?

Cria. 2.° Ninguna.

Mur. (Es muy estraño!.. Me prometió alejarse de Francia, y le recomendé á un amigo de Bruselas, quien me ha escrito diciéndome que no ha parecido. Há mas de un mes que trato en vano de averiguar su paradero... A dónde se encamina mi ardiente imaginacion! Si Madama Lebrun hubiera desaparecido, entonces creería que la habia seguido; pero no ha abandonado la casa de su esposo... Insensato!.. Si su pasion le habrá arrastrado á cometer un acto de desesperacion? Oh!.. mi inquietud es mortal.)

Cria. 1.° Si viene alguna visita, os podrá ver.

Mur. Si, avísame. (*vase.*)

ESCENA III.

Los Criados, *despues* Lebrun.

Cria. 2.° Jamás he podido comprender qué clase de locura es la de Mr. Lebrun.

Cria. 1.° No es furiosa, y su trato es bastante amable; es preciso, sobre todo, que siempre esté solo, y nadie sino el doctor le puede hablar.

Cria. 2.° Mírale; ahi viene, retirémonos. (*vanse por la izquierda; Lebrun sale por la derecha y se sienta en primer término.*)

Leb. Tres meses há, tres meses que en nombre del honor y de mi hija, me tienen encerrado en esta horrible casa!.. Tres meses que sufro dolorosamente entre esta multitud de desgraciados... Desgraciados!.. Oh! Dios mio! Serán ellos acaso mas dignos de compasion que yo? Desgraciados, cuando ven sus deseos cumplidos, satisfechas sus ambiciones? Cuando los tormentos no desgarran incesantemente su alma, como á mi me sucede! Si lloran, un hijo ó una madre la encuentran en su locura, y esto mismo casi les hace ser dichosos! Pero yo! Yo que no puedo abrazar á mi hija! Yo que asi que haya cumplido la mision que me he impuesto por el amor que la profeso, el mundo me recibirá con risas y sarcasmos; está loco, dirán, loco de celos un marido!.. Loco por amor y celos... Ah!... hija mia, hija mia!..

ESCENA IV.

Lebrun, Muray.

Mur. Lebrun!

Leb. Vos aqui, doctor!.. Conque hoy es cuando debo salir de esta mansion?

Mur. Mañana.

Leb. Mañana!

Mur. Hoy debo anunciar vuestro restablecimiento, y...

Leb. Mañana decis!.. Todavia un dia mas sin abrazar á mi hija...

Mur. Os abandonaria acaso vuestro valor?

Leb. Una vez que es preciso á los ojos del mundo una sancion legal de mi locura... bien, lo consiento. Un hombre ha venido á verme revestido de no sé qué autoridad; delante de él he repetido esta escena terrible de demencia, cuyo primer teatro fué mi casa; y mientras mi corazon estaba desgarrado, y mi alma herida por mil recuerdos de desesperacion y de verguenza, me he reido delante de él de mi oprobio, y él tambien se ha reido de mi locura; ha pronunciado algunas espresiones de compasion, y se ha marchado. Aun quereis prolongar esta lucha cruel? Pensadlo, doctor.

Mur. Si vos lo exigis, hoy mismo, esta tarde saldreis.

Leb. Hoy... Oh! gracias, gracias, amigo! Despues de tan amargos padeceres, de tanta violencia, deseo mi libertad, volver á mi razon, cuyos derechos habia abjurado; y mi hija! Tendré la dicha de cubrir su frente de besos, de llenarla de caricias! (*suena una campanilla.*)

Mur. Alguna visita sin duda; retiraos y estad dispuesto para marchar á las cinco.

Leb. Oh! A las cinco! Si, si! Adios, Muray, mi mejor, mi solo amigo! (*vase.*)

ESCENA V.

Muray, *despues* Eduardo.

Mur. Desgraciado! La esperanza de salir de esta cauti-

vidad, y de volver al mundo, le ha hecho olvidar su ofensa; pero sin duda se acordará despues; es preciso que Eduardo parta, que se aleje para siempre...

CRIA. 1.° Mr. Eduardo de Harcourt.

MUR. El!.. Que entre, que entre y dejadnos; cuidad de que nadie nos interrumpa... (*vase el Criado, y entra Eduardo.*) Sois vos, Eduardo!

EDU. Señor!

MUR. Qué habeis hecho despues de dos meses?.. Es posible que seais siempre esclavo de vuestra inquieta y vagamunda condicion, que solo se alimenta de ilusiones, y que os hace atropellarlo todo por andar tras ellas?

EDU. Es verdad; pero qué importa cuando nadie participa de mi dicha, ni me ayuda á soportar mis males? Qué importa que ellos sean mi vida?

MUR. Nadie!.. Eduardo!

EDU. Si, vos, doctor, vos habeis tenido piedad de mi....

MUR. Piedad!

EDU. Demasiada: pero no son sabios y prudentes consejos los que vengo á buscar; llegan ya tarde!

MUR. Qué quereis decir? Esplicaos, hablad.

EDU. He oido decir que Mr. Lebrun ha recobrado su juicio...

MUR. Recobrado! Nunca lo ha perdido.

EDU. Cómo?

MUR. Si, Eduardo, yo soy quien os ha salvado; yo soy el que ha hecho que aparezcan como locura sus palabras de cólera y de venganza; yo, en fin, el que ha rescatado su honor á costa de su libertad!

EDU. Oh!... amigo...

MUR. Pero ahora exijo de vos que partais, que os separeis de esa muger.

EDU. Separarme!.. Es imposible.

MUR. Imposible!.. Por qué?

EDU. Callad, que no estamos solos.

ESCENA VI.

Los mismos y GADICHET. *Este está groseramente vestido con botas de palafrenero y un látigo en la mano.*

MUR. Qué vienes á hacer aqui?

GAD. Eh!.. qué? Mi camino, busco mi camino. (*busca por todas partes, y por bajo de los bancos.*)

EDU. No me equivoco, este es...

MUR. El aprendiz de Lebrun; la noticia de la locura de su amo, ha hecho que suceda lo que yo tenia pronosticado, se ha vuelto loco.

EDU. Pobre Gadichet!

GAD. Eh! qué decis de Gadichet? Quiero verle, dónde está? Debe ser un buen chico, y él me enseñará mi camino.

MUR. Vamos, vete y déjanos.

GAD. Ah! eres tú? Quieres enseñarme mi camino? (*á Eduardo.*) Calla! No te conozco, pero es igual, eres buen hombre, y me volverás mi camino!

EDU. Qué locura tan rara!

GAD. (*señalando á Muray.*) Le ves, este es el que me ha tomado mi camino; es mi mortal enemigo; tiene celos de mi, porque soy primo del sol, y sobrino de la luna... y él dice, con unos parientes tan elevados como los que tiene este pájaro, vá á ir mas allá del mundo, y trata de impedírmelo.

EDU. Cómo?

GAD. Tomándome mi camino.

EDU. Pobre Gadichet! Me dá pena.

GAD. Oye; yo estaba bien tranquilo, y viajaba por el camino de Bruselas; ya sabeis, Bruselas en Picardia, y este el que me ha robado mi camino.

MUR. Vamos, vete... yo te llamaré.

GAD. Bien, si, me voy; buscaré mi camino, y si lo encuentro, monto á caballo y me salvo á gran galope. (*vase gritando.*) Yo encontraré mi camino.

ESCENA VII.

EDUARDO, MURAY.

MUR. La locura de este, observo no ha contribuido poco á que se dé mas crédito á la de su maestro; hablando de la singularidad de la de Gadichet, se olvidan de la supuesta de Lebrun.

EDU. Y por último, estais decidido á declararlo restablecido?

MUR. Aun no lo he hecho oficialmente, pero hoy...

EDU. Hoy?

MUR. A las cinco debe salir de esta casa.

EDU. Esta tarde volverá con su muger... Oh! doctor, si es verdad que os interesais por ella y por mi, por su existencia y por la mia, haced que no salga, impedidlo.

MUR. No puedo detenerle mas. Renunciad á tan insensato amor; partid, alejaos de Francia: este es el único medio de desarmar su cólera y de destruir las sospechas del mundo.

EDU. Este era mi designio, os lo juro; pero hoy es imposible; si este dia vuelve á su casa, si la vé, la asesinará.

MUR. Qué decis?

EDU. Que la asesinará.

MUR. Desgraciado! Temo comprenderos.

EDU. Pues bien; si, mi desgracia ha llegado á su colmo; una fatalidad terrible castiga demasiado cruelmente tan funesta pasion.

MUR. Hablad, Eduardo.

EDU. Jamás creais que pretendo alejarla de su marido para que me pertenezca y vivir feliz á su lado, no; el porvenir que me está reservado debe ser horrible, porque esta muger no siente por mi mas que desprecio y aborrecimiento.

MUR. Es posible?

EDU. Ella parte para sustraerse á las miradas del mundo; para ocultar su verguenza y mi crímen; para evitar la venganza de su marido... y yo, yo que he destruido su felicidad, la debo seguir, porque mi existencia le será consagrada en adelante; debo partir con ella, para defenderla; y si pudiese ser, para evitarla una nueva desgracia! Pero es necesario que ella no lo sepa; este sacrificio de mi vida que le hago á cada momento, es preciso que lo ignore, porque lo rehusaria con desden, y tal vez con horror; porque hasta mi presencia es un suplicio para ella.

MUR. Todo lo comprendo; pero qué quereis que haga?

EDU. Retardar algunos dias mas la libertad de su marido; diez, diez tan solamente os pido para interponer la mar, para que sus aguas separen á entrambos.

MUR. Dirá entonces que soy vuestro cómplice, y sabed que lo que me pedis me impone una responsabilidad peligrosa.

EDU. Pues sabed que solo esta resolucion puede salvar á los tres; que si lo poneis en libertad, acabará con la vida de una muger inocente... Ah! no os lo suplicaría si supiese que él consentia en aceptar mis dias en cambio de los suyos.

MUR. Desgraciado! Si, todo eso es terrible!

EDU. Escuchad, doctor; vos me amais, me lo habeis dicho muchas veces... pues bien, si sale hoy, á él ó á mi nos encontrareis muertos sobre el humbral de vuestra puerta.

Mur. Muerto!.. Dios mio!..

Edu. Conque en fin, decid, lo rehusareis aun?

Mur. No; si es preciso, yo me perderé con vos ú os salvaré... Que ella parta, partid tambien; os prometo diez dias.

Edu. Oh! gracias, gracias, doctor; mi amigo, mi salvador!.. Adios. (*vase.*)

ESCENA VIII.

Muray *solo.*

Si, este es el único medio que me resta, porque si yo rehuso servirle, si dejo que Lebrun salga hoy, los espongo á su venganza. No seré responsable de la sangre que se vierta; no tendré un crímen que reprocharme.

ESCENA IX.

Muray, Lebrun.

Mur. Vos aqui, amigo mio!

Leb. Si, Muray, todo lo tengo ya dispuesto para mi marcha, y solo aguardo vuestra órden.

Mur. Con que insistis en que sea hoy?

Leb. Oh! si, si; esta prision me aterra; no puedo retardar el ver á mi hija! Me parece que ahora mas que nunca tendrán sus caricias para mi nuevos encantos... Las he pagado á costa de tantos dolores!

Mur. Y vuestra muger?

Leb. Mi muger!

Mur. Tambien vais á volverla á ver; cuál será vuestra conducta para con ella?

Leb. Lo creereis, Doctor?.. El amor de la hija me hará olvidar las faltas de la madre.

Mur. Desgraciado!

Leb. He amado tanto á esa muger! Y además, me acuerdo de las razones que vos habeis alegado en favor de su inocencia; jamás creisteis en mi deshonra.

Mur. Si, es verdad, no lo creia entonces.

Leb. Entonces decis... Pero ahora?..

Mur. Lebrun, antes que salgais de aqui, debo daros una fatal noticia...

Leb. Una noticia!

Mur. Es un nuevo golpe, quizá el mas cruel de cuantos hasta ahora habeis recibido.

Leb. Esplicaos.

Mur. Espero que no os abandonará vuestro valor; os quedareis aqui algunos dias mas, y tal vez mis consuelos...

Leb. Muray, por Dios, sacadme de esta ansiedad! Ha muerto mi hija?

Mur. No; vuestra hija existe, pero vuestra muger...

Leb. Mi muger!..

Mur. Vuestra muger ha desaparecido.

Leb. Oh! con él, no es esto? Con Eduardo de Harcourt? Infames!..

Mur. Amigo mio!..

Leb. Si, mientras que yo me alejaba del mundo y renunciaba á la libertad y á la estimacion de todos; mientras que me enterraba vivo en este infierno, ella es, ella la que arranca el velo con que yo habia cubierto su infamia!

Mur. Pero Lebrun... amigo...

Leb. Bien, tanto mejor! Ahora mi venganza será justa, autorizada; ahora me puedo saciar.

Mur. Qué intentais hacer?

Leb. Seguirlos.

Mur. Ignorais su asilo.

Leb. Yo lo sabré bien pronto; la venganza es un escelente guia; los descubriré, y entonces...

Mur. Entonces os batireis con Eduardo?

Leb. Batirme! Ah! no; las armas son muchas veces pérfidas; la suerte podria serme adversa, y yo necesito vengarme.

Mur. Tratais de asesinarle? Ah! no puede ser.. por favor, escuchadme!

Leb. Otra palabra mas! Ved que deseo partir; qué podreis decir que logre detenerme? Nada le importa á ella ni su honor ni el mio, ni el de su hija, cuando la miserable acaba de hollarlo de nuevo... Mirad, Muray, que es preciso que yo parta; conoced que es indispensable mi venganza...

Mur. No, no os dejaré partir hasta que me prometais respetar la vida de ese hombre.

Leb. Y qué! Es por él por quien me pedis?

Mur. Por él haré mas todavia; y si mis ruegos no son suficientes...

Leb. Es esto un sueño? Acordaos de su crímen y de mi deshonra.

Mur. No importa; vos no asesinareis á Eduardo.

Leb. Ah!.. Porque la justicia de los hombres es impotente para tales crímenes, porque no tengo sangre que derramar, será preciso que yo me mate! No, no: cuando el honor de un hombre, de una familia está ajado de esta suerte, la ley debe castigar el ultrage... Adios, doctor...

Mur. Deteneos! Os lo he dicho; no asesinareis á Eduardo!

Leb. Pero por qué? Por qué?

Mur. Sabedlo!.. Porque es mi hijo!..

Leb. Vuestro hijo!..

Mur. Si, mi hijo, el de una muger de quien solo me separa mi pasion. Ya lo sabeis, es mi hijo, y asi como vos quereis vengar la vuestra, yo quiero salvar al mio...

Leb. Ah! ahora os comprendo. Si, por eso habeis abusado, sin que yo lo sospechase; es vuestro hijo!.. Por eso sin duda deciais que era yo un insensato, un loco! Por eso me habeis conducido aqui, y protegido su crímen! Por eso quereis detenerme á la fuerza para proteger tambien su huida, no es verdad? Ah! es vuestro hijo!..

Mur. Basta, señor.

Leb. Es preciso que ahora mismo se abran para mi las puertas de esta casa.

Mur. No saldreis.

Leb. Y quién puede detenerme?

Mur. Todo; mis órdenes, vuestra locura que es sabida y legal, la cual me dá derecho para reteneros aqui á viva fuerza.

Leb. Desgraciado! Pensad en lo que vais á hacer; mi venganza será doble!

Mur. Harto sé que esta es ya entre nosotros una lucha á muerte; en ella va mi honor y mi vida; pero aun me es mas apreciable el honor y la vida de mi hijo, y esta puerta no se abrirá sin que antes no me prometais respetar sus dias...

Leb. Jamás!

Mau. No saldreis de aqui. (*toca la campana.*)

Leb. Miserable!.. Tú me dejarás salir... Teme si no... (*quiere arrojarse sobre él; salen los loqueros y le sujetan. Gadichet sale tambien y se coloca entre ellos dando una carcajada.*)

ESCENA X.

Los mismos, Gadichet *y los* Loqueros.

Gad. Ah! ah! ya encontré mi camino!

Mur. La locura de Mr. Lebrun acaba de tomar un carácter mas alarmante que nunca; no saldrá hoy.

Leb. Oh! no le creais, él miente, no le creais!

Mur. Su nueva demencia acaba de manifestarse por un rasgo de violencia contra mi.

Leb. Loco! Loco decis? Es mentira. Ved, señores, que á todos os reconozco, y á ti tambien, Muray! Es justo que asi sacrifiques un desgraciado á las pasiones de un miserable, de tu hijo, como sin duda otras veces has sacrificado á este hijo ignorante de todo, á tu orgullo y á tu ambicion? Ves, doctor, ves cómo te conozco? Te digo que eres un infame; ves cómo no estoy loco?

Mur. Vos me insultais, señor!..

Leb. Yo te insulto!.. Habla con mas cuidado, y no te olvides de tu papel; dices que yo te insulto? Pues qué, médico de los locos, acostumbras tú á pedir satisfaccion de un insulto á tus dementes?

Mur. Me olvidaba... Será necesario observarle mas de cerca... (Mi hijo, mi hijo!..) (*vase, y le siguen los loqueros.*)

ESCENA XI.

Lebrun y Gadichet.

Leb. Qué hacer? Dios mio!.. Qué hacer?.. Ya le pertenezco en cuerpo y alma, porque dice que mi locura acaba de declararse nuevamente, y puede tenerme encadenado en esta horrible mansion todo el tiempo que se le antoge!.. Y mientras tanto, su hijo, ese infame se reirá de mi debilidad? No habrá venganza para mi, ni remordimientos ni pesares para ellos! Oh! lograrán que me vuelva loco realmente, y nadie habrá que se interese por mi y me salve?.. Nadie!.. Nadie!..

Gad. Si que hay alguno.

Leb. Qué dices tú?

Gad. Digo que hay aqui alguno que os comprende.

Leb. Quién?

Gad. Yo.

Leb. Tú! Qué puedes hacer?

Gad. Mucho.

Leb. Cómo?

Gad. Porque ya encontré mi camino.

Leb. Ah! olvidaba su locura!.. No conoce su desgracia; pero aun soy mas digno de compasion que él!

Gad. De compasion! Sin embargo, á querer vos, no lo seriais.

Leb. De qué modo?

Gad. Sin duda, porque ya encontré mi camino.

Leb. Déjame, déjame!

Gad. Qué! Tambien vos quereis decirme que estoy loco, cuando es por vos por quien estoy aqui?

Leb. Por mi?

Gad. Si señor; cuando digeron que estabais loco, no quise creerlo...

Leb. Tú!

Gad. Porque supuse que el doctor y el hipócrita... Asi que supe que os conducian aqui, dige para mi; bien, no irá solo... tambien yo iré como loco, y esto me será tanto mas fácil, cuanto que siempre han dicho que con la herida de mi cabeza vendria á serlo con el tiempo.

Leb. Parece que vuelve á su juicio!

Gad. Entonces, con una poca de destreza me hice encerrar en esta casa; he espiado y escuchado al doctor... y muchas veces, luego que me encontraba en medio de estos infelices privados de la razon, luego que me veia tratar tan mal, sentia hervir mi sangre, oscurecerse mis ideas, y mi cabeza, mi pobre cabeza se sofocaba hasta hacerme temer una verdadera locura... pero entonces hacia un esfuerzo sobre mi mismo y me decia; valor, Gadichet! Valor, amigo mio! Es necesario salvar á tu amo, á tu buen amo, á quien tanto quieres, y salia victorioso.

Leb. Oh! Gadichet, acaba, acaba!

Gad. Aqui todos se mofaban de mi y se reian de mi singular locura; entonces yo escudriñaba por todas partes, diciendo; mi camino! Mi camino! El mismo doctor me permitia que estuviese sin sujecion, y en este tiempo he sorprendido su secreto, el de vuestro rival.

Leb. Será posible?

Gad. Yo sabia que era necesario arrancaros de sus garras, y realmente buscaba mi camino.

Leb. Amigo mio!

Gad. En fin, Dios ha bendecido mis esfuerzos; esta mañana he descubierto un pasadizo secreto, que conduce al campo; no hay tiempo que perder; tengo avisado á dos de vuestros mas adictos obreros, les he dicho lo que pasa, y van á venir...

Leb. Van á venir, dices?

Gad. A las tres... una señal convenida... Eh!... oid.... (*suena un reló y se oyen unas palmadas.*) He aqui la hora.

Leb. Si, y la señal, y la señal tambien... Cuál me late el corazon!

Gad. Vedlos ahi, ellos son!..

ESCENA XII.

Los mismos, Budan *y otro obrero.*

Bud. Venid, venid, señor!

Leb. La libertad y la venganza! Oh! gracias, gracias, amigos!

Gad. Vamos, no perdamos tiempo.

Leb. Si, marchemos... primero ellos, despues tú, doctor Muray

Gad. Hasta mas ver, sabio doctor; y ahora que he recobrado mi razon, al infierno la casa de los locos!.. Ah! al fin encontré mi camino! (*vase.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un salon: dos puertas laterales y una grande en el fondo; á la izquierda una ventana.

ESCENA PRIMERA.

Jenny, *sola; está pálida, vestida de blanco y escribe sobre una mesa.*

Gracias á esta carta, gracias á la declaracion que en ella hago, pondrán bien pronto término á su cautividad, y si él sabe que yo misma soy la que le arranca del suplicio que le atormenta, cesará de maldecirme. Sola esta esperanza sostiene mi valor... Ah!... qué medios tan infames han empleado para detenerle, á él, tan bueno, tan generoso! Sus padecimientos serán crueles!... Cada instante de tardanza le parecerá un siglo de martirio; pero quedará bien vengado, si llega á saber lo que sufro aqui... Si me vé tan pálida.... casi moribunda! (*llama.*)

ESCENA II.

Jenny *y una* Criada.

Cria. Llamais, señora?

Jen. Si; decidme, cuánto tiempo tarda una carta en llegar de aqui á París?

Cria. Tres dias, señora.

Jen. (Tres dias! Cuando ella llegue, tal vez habré dejado de sufrir.) Ha venido Mr. Peterson?

Cria. Perdonad, señora; le he hecho esperar hasta tanto que estuvieseis visible.

Jen. Que entre al instante.

Cria. Bien. (*vase.*)

ESCENA III.

Jenny, *despues* Peterson.

Jen. Dios mio!.. Dadme valor para llevar á cabo la obligacion que me he impuesto. (*Peterson entra.*)

Pet. Señora, me habeis mandado llamar; aqui me teneis á vuestras órdenes.

Jen. Tenia que haceros una súplica.

Pet. Una súplica?

Jen. Si; tengo que reclamar de vos un nuevo servicio, el mas importante de todos.

Pet. Me creo con derecho á vuestra confianza; señora, hablad.

Jen. (*con débil voz.*) Entonces, tomad asiento y acercaos; estoy tan débil, que temo no entendais mis palabras.

Pet. Hablad, señora. (*se sienta.*)

Jen. Desde mi llegada á esta poblacion, me habeis favorecido con vuestra beneficencia, y me habeis protegido generosamente y con una particular decision, que jamás se ha desmentido.

Pet. Quién puede no conmoverse al leer escritos en vuestra frente tantos padecimientos y tantas desgracias!..

Jen. Vuestra bondad me anima y me dá valor para entregarme á vos en tan crítica circunstancia, y para implorar vuestro apoyo como hombre y como magistrado...

Pet. Decid, qué puedo hacer?

Jen. Yo soy la causa de una atroz injusticia que se está cometiendo en Francia, y quiero poner término á ella.

Pet. Una injusticia?

Jen. A consecuencia de un acto sublime de generosidad y de resignacion, un desgraciado se ha puesto á discrecion de un hombre, que abusa bárbaramente de su poder, haciéndole servir para sus infames proyectos. Se trata, señor, de arrancar la víctima de manos del verdugo; me ayudareis, no es verdad?

Pet. Pero cómo puedo seros útil y salvar á ese desgraciado?

Jen. El culpable es un médico de Paris. Acabo de escribirle, amenazándole con una entera revelacion; pero temiendo que el tiempo me falte para ejecutarlo, he trazado ligeramente una relacion de esta deplorable historia... y despues de mi muerte!

Pet. Oh! no hableis asi, señora; vos, tan joven, tan llena de esperanzas!

Jen. Esperanzas! No trateis de dármelas, no las deseo; la vida será para mi un suplicio muy cruel... Despues de mi muerte, esta relacion os será entregada; entonces le hablareis como caballero en nombre del honor; si rehusa, ó no entiende lenguage tan sagrado, como juez tratareis de esta reparacion. Perdonad, señor, el que por ahora no os revele mi desgracia; vos leereis este escrito cuando yo haya callado para siempre, cuando mi frente no pueda sonrojarse!...

Pet. Cumpliré exactamente vuestros deseos, y si la certeza de que esta injusticia será reparada, puede dar algun consuelo á vuestros males, os la doy, señora, os la doy toda entera.

Jen. Gracias, Peterson, gracias.

Pet. Valor, señora, valor! Y contad siempre con mi amistad. (*vase.*)

ESCENA IV.

Jenny, *sola.*

Dios mio! Dios mio! Sin esperanza á mi edad; separada de mi hija, de todo lo que me es mas querido! Causando tal vez horror á un marido á quien amo; obligada á sustraerme á su cólera, y al desprecio del mundo, sin otro amparo que la muerte, y poder decir no soy culpable! Oh! esto es horrible... Y luego que recuerdo la existencia feliz que crei estarme reservada; el dichoso porvenir que otras veces me sonreia; los placeres de madre y esposa escapados de mi imaginacion, para dar entrada á la desesperacion y á la muerte!.. Perdonadme, Dios mio! Entonces, mi alma desgarrada, se revela contra mi desgracia; no soy culpable y el cielo es harto injusto conmigo!.. Oh! Dios mio, Dios mio, perdonadme!.. Este es un suplicio demasiado horrible para el corazon de una mujer!

ESCENA V.

Jenny, *una* Criada; *despues* Eduardo.

Cria. Señora, un hombre desea hablaros.

Jen. Un hombre! Cómo se llama?

Cria. No sé, señora; pero dice que es absolutamente preciso que os vea, porque tiene que daros noticias de vuestro marido.

Jen. De mi marido! Cualquiera que sea ese hombre, que entre, que entre! (*vase la criada.*) Eterno Dios! Si deberé esperar una nueva desgracia!.. (*entra Eduardo.*)

Jen. Aun sois vos!.. Oh! Dios mio! Me perseguis sin descanso!

Edu. Atended, Jenny, se trata de vos, y es necesario que me oigais...

Jen. Vuestra voz me yela!.. Qué teneis que decirme?

Edu. No temais que salga de mi boca una sola palabra que haga despertar crueles recuerdos.

Jen. Pero por qué esa obstinacion en seguirme?

Edu. Deseo estar aqui, cerca de vos, para protejeros y defenderos..

Jen. Defenderme! Protejerme!.. Y contra quién? Acaso no sois vos mi mas mortal enemigo?..

Edu. Jenny!

Jen. No debiais saber ya que vuestra presencia es para mi un eterno suplicio? Vuestros remordimientos, la verguenza escrita sobre vuestra frente, no debe hacerme recordar la mia? Vuestras lágrimas me hacen mas insoportable el recuerdo de vuestro crimen!.. Pero decidme, Eduardo, por qué me habeis seguido?

Edu. Basta, basta! Si supieseis el horrible tormento que sufro, la sensacion que me hace cada una de vuestras palabras... Oh! daria mi vida por una sola espresion que no fuese de aborrecimiento y de desprecio!

Jen. Si vos os quejais, qué deberia decir yo? Mi juventud se ha marchitado y vos sois quien ha acortado mis dias! El mundo me mira con indignacion, y pronuncia mi nombre con desprecio; yo vivia feliz y orgullosa con el amor de mi marido y de mi hija, y vos sois el que me ha arrebatado esta dicha, haciéndome separar de ellos; yo vivia llena de esperanzas lisonjeras, me sonreia un dulce porvenir, y muero...

Edu. Oh! Jenny!

Jen. Muero, y no es mi muerte tranquila, rodeada de amigos, en medio de las lágrimas y cuidados de las personas que me aman; muero como una culpable, lejos de todo lo que me es mas querido, y no teniendo á mi lado mas que á vos, cuya presencia y cuyas miradas me desgarran el corazon, como sino hubiesen si-

do suficientes para acabar con mi existencia, sino que quieren gozarse en mi agonia!

Edu. Por piedad, Jenny, por piedad!

Jen. Ved, Eduardo, lo que habeis hecho, y decidme: sois vos quien debe quejarse? Ni aun tengo derecho para daros una orden!..

Edu. Una órden!. Hablad, hablad; cualquiera que ella sea...

Jen. Pues bien; os mando que os alejeis de mi, que partais.

Edu. Habia jurado, Jenny, no volver á presentarme jamás delante de vos, y no hubiese violado hoy este juramento, á no haber sabido una terrible noticia; ella es la que me ha obligado á entrar aqui; ella tambien la que me impide obedeceros.

Jen. Qué quereis decir?

Edu. Que vuestro marido se ha escapado de la casa del doctor Muray...

Jen. Se ha escapado!.. El!.. Gracias, Dios mio, gracias! Ved, Eduardo, que es preciso que partais; sin duda sigue mis pasos, y pensad que su venganza recaerá primeramente sobre vos.

Edu. Qué me importa! Pero si os descubre?

Jen. Suya soy.

Edu. No partiré, porque él os querrá asesinar.

Jen. (*con fuerza.*) Partireis, Eduardo, ya os lo he dicho. Quereis que él esponga su vida contra la vuestra? No estais contento con haber arrancado la madre á la hija, sino que quereis tambien asesinar al padre?

Edu. Bien; obedeceré!

Jen. (*llama y entra una criada.*) Ya sabeis mi voluntad; alejaos, y haced que el mundo ignore vuestro paradero; asi tal vez el cielo os perdonará algun dia!

Edu. (*agitado.*) Jenny... y vos?

Jen. Marchad al instante.

Edu. (No, no; debo todavia velar sobre su suerte.) (*vase.*)

Jen. (*á la criada.*) Ayudame á entrar en mi cuarto; sufro tanto! (*se apoya en el brazo de la criada y se van; la escena queda un instante sola.*)

ESCENA VI.

Gadichet, *sale por la puerta del fondo.*

Nadie!.. tanto mejor... veamos; examinemos bien la habitacion... por aqui el cuarto de la señora, debajo de esta ventana un corral y un monton de tierra; esto me puede servir de camino en un lance de apuro... en dos horas que hace hemos llegado, me he puesto al corriente de todo; ahora ya puede entrar el amo... (*le llama.*) Señor, señor!

ESCENA VII.

Gadichet, Lebrun.

Leb. (*entrando.*) Conque en fin, es aqui, no es verdad?

Gad. A no dudarlo; he oido hablar á vuestra esposa, que há poco entró en su habitacion.

Leb. (*sin oirlo.*) He venido para descubrirlos, á los dos juntos; bien pronto me vengaré... Muray!.. miserable! Ha declarado que un loco se ha escapado de su casa.

Gad. Dirá dos.

Leb. Ha hecho que me persigan, y he corrido como un ciervo; ha enviado mis señas á todas partes, y harto trabajo me ha costado el evadirme de sus manos.

Gad. Y yo! El dudaba de mi locura y decia, que facilmente volveria á mi juicio, viendo que siempre buscaba mi camino; posible es que aun le busque, pero ya no diré mas...

Leb. Oh! paciencia; encontraremos á su hijo y me vengaré.

Gad. Silencio! Alguno viene.

Leb. Alguno?

Gad. Si, por aqui; en el cuarto de vuestra .. de la señora...

Leb. Ella!.. la vuelvo á ver!..

Gad. Creedme, señor; entraos alli y conteneos; yo la observaré desde afuera... (*Lebrun se oculta detrás de la puerta; Gadichet se vá.*)

ESCENA VIII.

Jenny, *sale andando con trabajo y sosteniéndose en cada mueble; se sienta.*

Jen. No puedo lograr un momento de reposo! La fiebre me abrasa, y unos sueños terribles asaltan mi imaginacion!.. El, mi marido, ya le veo oprimido por el dolor y la desesperacion, encerrado en aquella horrible casa, maldiciendo mil veces á la que causa su suplicio!.. O ya le miro aparecerse delante de mi, con ojos amenazadores, y le oigo decir: señora, qué habeis hecho del honor de vuestra hija?..

Leb. (*acercándose y tocándole en el hombro.*) Señora, qué habeis hecho del honor de vuestra hija?

Jen. Ah!.. El, él, Dios mio!.. Con que es verdad, estais ya libre!..

Leb. Si, libre; y he venido en pos de la venganza!.. Lo creeis, es verdad?

Jen. Si, lo creo.

Leb. Sabeis cuanto he sufrido por vos? Cuántos tormentos y dolores se han amontonado sobre mi alma?.. Sabeis el horroroso suplicio que ha sido para mi la estancia en aquella funesta mansion, y cuán cruelmente he pagado el fingimiento de mi locura!.. Pero estoy libre al fin, y busco la justicia!

Jen. Harto sé que necesitais una venganza terrible, porque esta os disculpará delante del mundo y hará espirar la risa en todos los labios; porque ninguno se burla del hombre que laba sus manos con la sangre de un culpable!. Pero, os lo juro... soy inocente!

Leb. Infamia, mentira!

Jen. Oh! no me creeis!.. Y es preciso por lo tanto... Escuchadme; este momento es solemne; no temo vuestra venganza.

Leb. Insultais la verguenza, y vuestra frente no se ruboriza!

Jen. (*de rodillas.*) Ah!.. señor!.. Matadme, pero acordaos de mis últimas palabras; por mi hija, os lo juro, no soy culpable!

Leb. (*queriendo levantarla*) Y por eso estais aqui?

Jen. Ay!.. oid; bien podeis creerme, ahora que no tengo en el mundo mas que suplicios y dolores!.. (*con terror.*)

Leb. (*observándola.*) Qué significa!... Si... no habia reparado esa palidez... Oh! los remordimientos quitan tambien la vida.

Jen. Los remordimientos! Bien pronto sabreis si puedo tenerlos!.. Pero aun cuando fuese culpable, no debeis rehusar una gracia á una moribunda!..

Leb. Hablad.

Jen. Que al menos vea yo vuestro rostro sin que me demuestre desprecio y aborrecimiento! No os he ultrajado; os amo con todas las veras de mi corazon!

Leb. Jenny!

Jen. Os he amado, os amo todavia; he sufrido mas por vuestros tormentos, que por los mios; si he derrama-

do muchas lágrimas, todas han sido por vos y por mi hija; y mi último suspiro, mi última mirada será dirijida á vos!.. Oh!... no volvais los ojos y estendedme vuestra mano! Dios mio! Quisiera olvidarlo todo, y en los pocos instantes que me restan de vida, no pensar que nos separa vuestro odio; quisiera decir: todo ha sido un horroroso sueño; ved aqui al hombre á quien amo, el hombre que tambien me ama.

Leb. Ese es el sueño, pero ya se acabó, porque habeis roto los lazos mas sagrados; porque os encontrais aqui, lejos de vuestra casa, de vuestra hija... y... Jenny, no quiero escucharos mas.

Jen. (*de pie y con fuerza.*) Pues bien! Recaiga sobre mi vuestra venganza, si es preciso; pero sobre otro, la infamia!

Leb. Sobre quién?..

Jen. Sobre el hombre que abusando de vuestra hospitalidad, de vuestra ausencia, no temió aprovecharse de una noche en que yo, abatida por pasados recuerdos, estaba al lado de mi hija moribunda; sobre el hombre que en lugar de agradecer vuestros beneficios, os legaba el deshonor, y á mi el deshonor, y la muerte! (*cae sobre una silla.*)

Leb. Será verdad!.. Jenny, por qué no me habeis dicho: es preciso vengar nuestro honor, es necesario que ese hombre muera!

Jen. Os lo hubiera dicho, pero siempre temia por vos; por vos, que estais aqui, siempre aqui! (*señala el corazon.*)

Leb. Y es ahora, hoy solamente cuando tratais de justificaros!.. Qué pruebas?..

Jen. Qué mas pruebas son necesarias que mi vida pasada? Qué mas que vuestros beneficios! Acordaos de vuestro amor, de los cuidados y de la ternura que siempre me habeis manifestado; de las caricias, de los besos de mi hija!.. Pruebas!.. Cuando yo era la muger mas feliz del mundo, hubiera querido, deshonrándome, cambiar mi ventura por la verguenza y la desesperacion! Ah! si yo hubiese preferido esto último, tuviera el suficiente valor para soportarla, y ella no me mataria!

Leb. Jenny!.. os creo; si, os creo, y os vengaré!

ESCENA IX.

Los mismos, Gadichet.

Gad. Señor, perdonad; no hay tiempo que perder, vienen.

Leb. No os quedareis aqui mas; venid, Jenny, venid.

Jen. Estoy tan débil, que apenas me puedo sostener.

Leb. (Pobre muger! La muerte á su edad!...) (*alto.*) Jenny! (Eduardo de Harcourt!) (*alto.*) Jenny, yo os sostendré. (*la pasa el brazo en derredor de la cintura.*)

Jen. Vos! Oh! Dios mio! (*ella le mira con ojos llenos de lágrimas y se van.*)

Gad. Pobre muger! Cómo me interesa!... pero... atencion! Alguien viene... A mi puesto. (*se esconde detrás de un sofá.*)

ESCENA X.

Eduardo *y* Gadichet *escondido.*

Edu. Mi inquietud es mortal! Esos dos hombres que han hablado con el patron de la casa, y que han tomado tan minuciosos informes... Se han hospedado en el cuarto inmediato, y segun las señas que me han dado, creo reconocer en uno de ellos á Lebrun.

Gad. (La mecha comienza á arder.)

Edu. Dios mio!.. Qué hacer?...

ESCENA XI.

Los mismos, Muray.

Edu. Sois vos, doctor?

Mur. El mismo.

Gad. (Era preciso, porque estaba dado al diablo.)

Edu. Venis á ayudarme?

Mur. Puede ser.

Edu. Lebrun ha llegado.

Mur. Ya lo sé.

Edu. Cómo habeis tenido noticia?

Mur. Qué os importa?

Edu. Está en esta misma casa; es preciso impedir...

Mur. Escuchadme, Eduardo; no debeis presentaros delante de él; es indispensable que me dejeis obrar; fiaos en mi; ahora vá en ello mi honor y mi seguridad... He detenido por fuerza á un hombre que tenia cabal su juicio; nuestras leyes son muy severas en esta parte, y si pudiese presentar pruebas encontra mia era perdido.

Edu. Pero qué vais á hacer?

Mur. Mis medidas estan tomadas; he buscado al Magistrado de este cuartel, y le he enseñado la prueba legal que acredita la locura de Lebrun.

Edu. Y teneis ese documento?

Mur. Si, firmado por las autoridades de Francia; vedle aqui; (*se lo enseña.*) bien pronto Lebrun volverá á mi poder.

Gad. (*saliendo.*) A vuestro poder? Os engañais. (*le arrebata el papel.*)

Edu. Gadichet!

Mur. Desgraciado! Vuélveme esa orden, ó teme...

Gad. Perdonad, doctor; teneis tambien otro que declare que sois hombre de bien; que pruebe y acredite que no asesinariais á un loco que cayese en vuestro poder? Dadmele, si le teneis, y os devolveré este.

Edu. Nosotros le obligaremos...

Gad. (*presentando una pistola.*) Atrás obrero de los guantes blancos!.. Y vos, señor médico, sed mas afable con vuestros enfermos.

Mur. Miserable!

Gad. Sois dos contra uno, y eso no es de valientes; pero tambien tengo yo tomadas mis medidas. (*durante este tiempo enroya el papel y metiéndole en el cañon de la pistola, se la presenta á Muray.*) Quieres esta orden? Bien, aguarda; mírala en este pito, ven por ella, y verás qué bien suena.

Mur. Eduardo, llamad y que le prendan.

Gad. Que me prendan! No me dá miedo... (*aproximándose á la ventana.*) Bien sabes tú, doctor, que sé encontrar mi camino! Hasta la vista! (*salta y desaparece.*)

Edu. (*en la ventana.*) Se ha escapado! Antes que puedan prenderle, ya habrá roto esa orden...

Mur. Voy en busca del Magistrado; la locura de Lebrun está probada á sus ojos, y pronto... Prevenid á su muger; vuelvo al instante. (*vase.*)

ESCENA XII.

Eduardo, *despues* Lebrun.

Edu. Prevenir á Jenny, dice! Si, en efecto, hubiera debido... (*va hácia su cuarto, sacude violentamente la puerta que se abre y aparece Lebrun.*) El!..

Leb. Eduardo de Harcourt!.. Te encuentro al fin! El cielo te pone en mi poder!

Edu. Caballero!...

Leb. Ya una vez has llamado á mi puerta, y te he aco-

gido como un hermano; hoy es la segunda, y te esperaba.

EDU. Escuchadme... en este momento...

LEB. Mas todavia! Qué me puedes decir! Al fin eres mio!.. Oh! pero no tienes sangre bastante para labar la infamia en que ¡me has sumergido!.. Para vengar á la muger que has ultrajado y puesto al borde del sepulcro!...

EDU. Bien sé que he cometido un crímen; que os es necesaria la venganza; estoy pronto!...

LEB. Pronto á morir?

EDU. Pronto á batirme! Un duelo, donde uno de los dos quede en el campo.

LEB. Un duelo!.. Yo no le admito!

EDU. Cómo?

LEB. Un duelo en que los padrinos vengan á medir los aceros, por temor de que el del ofendido esposo sea demasiado largo! Un duelo con armas iguales, contigo! Eso seria una burla!... Iguales nuestras armas, despues que tú has venido á ultrajar todo lo que me era mas querido, mi honor, el porvenir de mi hija! Armas iguales en una lucha, donde yo he llevado la hospitalidad y la confianza, y tú la infamia y la perfidia! Un duelo!.. Además, si la suerte me es adversa, y salgo herido, será añadir una nueva vergüenza á la primera; entonces me mostrarán con el dedo diciendo: muere deshonrado, sin haber sabido vengar su honor ni á su muger! Oh! no. Me es necesaria tu vida!... Necesito una venganza, la cual no quiero confiar á la suerte, porque no es ella quien me ha de devolver el honor!...

EDU. Osareis asesinarme? Pensad que hay tribunales.

LEB. Si, tribunales que han rehusado hacerme justicia de tu crímen!

GAD. (*fuera de la puerta del fondo.*) Señor, es necesario huir! Vienen á prendernos el juez, los guardias y Muray.

LEB. Muray!.. ah! esa es tu sentencia de muerte! Muray, la casa de los locos, la prision, los tormentos, una interminable agonia, y tú has de vivir!.. Tú! tú reirte de mi suplicio! (*saca un puñal.*) No, Dios me debe perdonar!.. (*se arroja sobre él y le dá de puñaladas.*)

EDU. (*dá un grito y cae.*) Ah!

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, todos los demas, y guardias.

MUR. Eduardo!.. Asesinado!

PET. Desgraciado!

JEN. Gran Dios! Le habeis muerto!.. (*á Lebrun.*)

LEB. Su muerte os purifica; vivid para vuestra hija!

MUR. Prended al asesino!.. El cadalso me hará justicia.

GAD. (*precipitándose delante de Lebrun.*) Prenderle!... Os olvidais, doctor, de que mi pobre amo está loco?

MUR. El!

GAD. (*presentando el papel que le habia quitado.*) Tened, señor magistrado; ved la prueba que el mismo doctor ha traido de Francia.

PET. En efecto, esta orden... vuestra declaracion... todo prueba la locura de ese hombre; la ley no le alcanza!

GAD. (*á Jenny.*) Se ha salvado!

JEN. (*de rodillas.*) Gracias, Dios mio!

FIN.

MADRID, 1859.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.